

HOMENAJE A LOS NUEVOS MINISTROS DE LA PUCP

Hace cuatro décadas, el poeta Sebastián Salazar Bondy escribió:

*Mi país, ahora lo comprendo, es amargo y dulce;
mi país es una inmensa pasión, un triste piélago, un incansable manantial
de razas y mitos que fermentan;
mi país es un lecho de espinas, de caricias, de fieras,
de muchedumbres quejumbrosas y altas sombras heladas;
mi país es un corazón clavado a martillazos,
un bosque impenetrable donde la luz se precipita
desde las copas de los árboles y las montañas inertes;
mi país es una espuma, un aire, un torrente, un declive florido,
un jardín metálico, longevo, hirviente, que vibra
bajo soles eternos que densos nubarrones atormentan;*

Estos versos hoy continúan siendo el retrato de nuestra Patria herida, pues, en efecto, el sabor del Perú es a la vez dulce y amargo, y densos nubarrones han venido a atormentar la poca luz que alumbraba el alma de la Nación. Las tribulaciones de nuestro país, es justo reconocerlo, son de larga data, mas quién puede negar que a lo largo de esta última década hemos asistido, muchas veces sin tener plena conciencia de ello, a un permanente trastorno de los más elementales valores de la vida en común. Los daños

consecuentes son sin duda incalculables, pues en lo esencial la crisis que hemos vivido ha cobrado la forma de una devastación moral. Hoy, en efecto, podemos observar que estos oscuros tiempos de confusión han inferido un severo agravio contra el más preciado de los bienes públicos, como es el lenguaje de la conciencia cívica. Y este tal vez sea el daño más arduo de reparar, pues en aquella comunidad donde las palabras carecen de valor y en donde no hay manera de expresar sentimientos verdaderos y honestos, es imposible que se manifiesten los cimientos de la paz social.

¿Conocer mi acción? ¡Mejor quisiera no conocerme a mí mismo! Así exclama, en su vano intento de rehuir a la conciencia de sus crímenes, Macbeth, el deshonoroso y espurio rey de Escocia que retrata Shakespeare; al proceder de este modo, el malvado no hace más que ahondar en su infamia, pues es incapaz de responder incluso ante sí mismo por sus actos. Por el contrario, toda alma saludable halla la paz consigo misma en la verdad y en el reconocimiento honesto de sus yerros y de sus imperfecciones. Y cómo negar que en el Perú en estos días nos hace falta mucha verdad, ese necesario conocimiento de nuestras acciones, acompañado de la toma de conciencia de nuestras posibilidades y limitaciones. Significa ello que no debemos dejarnos apresar por falaces entusiasmos, cerrando los ojos a los muchos problemas y desencuentros

que padecemos, al tiempo que evitemos, por otra parte, aceptar de modo fatal un ciego destino que nos condene a crisis permanentes.

La fe en nuestro país no se halla en la mera exaltación de glorias pretéritas. En verdad, para hacer de la nuestra una comunidad reconciliada y democrática, capaz de cumplir metas grandes y pequeñas, basta con mirar alrededor de nosotros. Al hacerlo, encontraremos ciudadanos honrados y capaces, no dispuestos a ceder a la mediocridad, a la intimidación o a la desaprensión y para quienes el honor de servir al país es recompensa suficiente a sus desvelos. Para ellos, todos los reconocimientos y todas las medallas son menos valiosas que la dignidad que les confiere el poder ser llamados ciudadanos probos.

Comprendo que decir todo esto después de las ignominiosas escenas de debilidad moral de las que hemos sido testigos podría ser entendido como vacua elaboración retórica o incluso como insidiosa ironía. Ello no es así de ningún modo. Y prueba fehaciente de lo que afirmo se ofrece en cuatro entrañables ex alumnos de la Universidad Católica que han asumido delicadas responsabilidades en este momento tan grave para la subsistencia de la Nación. Los doctores Javier Pérez de Cuéllar, Diego García Sayán, Jaime Zavala y Marcial Rubio Correa, destacados miembros de nuestra comunidad universitaria, han sido recientemente designados ministros de

Estado por el gobierno transitorio del doctor Valentín Paniagua, él mismo ilustre catedrático de nuestra Casa. Recordemos que “ministro” significa originalmente “servidor” y éste es el sentido exacto con el que ellos han aceptado asumir las importantes funciones que el país les ha encomendado. Y no podría ser de otra manera porque, en esta situación de crisis, la aceptación de tal tarea implica un especial desprendimiento, pues, como sabemos, debido al breve tiempo en que asumirán sus responsabilidades, su trabajo, más que impulsar profundas transformaciones políticas en los campos de la diplomacia, la justicia, la educación y el trabajo consistirá en restituir los fundamentos de la moralidad y de la eficiencia en la conducción de la cosa pública, a fin de allanar el camino hacia una pronta recuperación de nuestra democracia.

Suele afirmarse con verdad que aquello que define al acto justo es la restitución. En efecto, es de plena justicia retornar lo que se debe, a quien se debe, asumir la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo que le es inherente. En la especial circunstancia que vive el Perú, justicia significa, entonces, retornar los derechos conculcados a los particulares que han sido agraviados, recobrar la vigencia de la legalidad, y del Estado de Derecho pero, por sobre todo, la devolución de la soberanía a quien ésta pertenece por propia naturaleza, es decir, a la comunidad de ciudadanos.

Que esta sea una tarea de recuperación de los fundamentos no significa que haya de ser sencilla. Todo lo contrario, requiere de cualidades profesionales excepcionales, de personas dotadas de la fuerza moral que haga posible el ennoblecer la vida política, en fin, del surgimiento de líderes capaces de derrotar tanto los pactos fáusticos como las conductas pusilánimes. Se requiere, pues, de firmeza, de conocimiento y de sentido del deber. Tales son, entre muchas otras, las cualidades que abundan en nuestros homenajeados, sobre quienes se pondrá a prueba la excelencia de la formación que desde hace ya más de ocho décadas imparte la Universidad Católica. La prueba a la que ellos se someten, no lo dudamos, brindará al país satisfactorios resultados. Sentimos plena confianza en que el doctor Javier Pérez de Cuéllar, de memorable actuación en la Secretaría General de las Naciones Unidas, reincorporará al Perú a la comunidad de naciones democráticas; estamos seguros, también de que, gracias a la gestión del doctor Diego García Sayán, jurista de prestigio internacional, se iniciará el ansiado fortalecimiento del sistema judicial, tan mellado por la intromisión de turbios intereses; es claro asimismo que el doctor Jaime Zavala, eximio conocedor de los temas de derecho laboral, se acercará con criterios de moralidad y justicia a la cuestión del trabajo en nuestra patria, materia que no sólo ha de ser promovida sino también rescatada en su nobleza y dignidad, por ser un modo privilegiado en el que los seres humanos cumplen su naturaleza y su destino; no podríamos en fin

escatimar certeza alguna en la actuación que habrá de cumplir el doctor Marcial Rubio Correa, amigo leal, agudo investigador, dedicado profesor y diligente vicerrector de nuestra Casa de Estudios, de quien se espera una comprometida defensa del valor de la educación, materia fundamental lamentablemente relegada por nuestros gobernantes.

Todos ellos han estado o bien se hallan vinculados con la docencia y, en el momento actual, a través de sus nuevos encargos y siguiendo las enseñanzas de nuestro claustro, estamos ciertos, ofrecerán públicas lecciones de honestidad, de ponderación, de actuación cívica y de auténtica vocación de servicio. Porque esto será así, entendemos que aquellos que habrán de sucederlos encontrarán claro ejemplo y elevada medida para las acciones que en su momento les toque cumplir.

*Mi país es mi temor, tu ira, la voracidad de aquel,
la miseria del otro, la defección de muchos, la saciedad de unos cuantos,
las cadenas y la libertad, el horror y la esperanza, el infortunio y la
victoria...*

Así continúa el poema de Salazar Bondy con el cual inicié estas palabras. Quisiera afirmar, abandonando por un momento los gestos de modestia, que la Universidad Católica, a la cual nos honramos en pertenecer, significa

en nuestro Perú esa esperanza y victoria de la que nos habla el poeta. No la esperanza y la victoria tan sólo de una parte, de unos cuantos, no los logros de aquellos que hoy, después de mucho batallar, lograron uno de sus más anhelados fines en la arena política, sino la esperanza y la victoria de toda una Nación que, sobreponiéndose a la tormenta, busca enrumbar a la prosperidad y a la paz reconciliándose con ella misma.

Doctor Javier Pérez de Cuéllar:

Doctor Diego García Sayán:

Doctor Jaime Zavala, representado hoy por su digna esposa:

Doctor Marcial Rubio Correa:

Quisiera que quedara claro que al tributarles este homenaje, su Universidad, en el fondo, se coloca junto a ustedes y, en silencioso acompañamiento, les propone como programa el cumplimiento de nuestro lema institucional "Y la luz brilla en medio de las tinieblas". Esta es la mejor manera que ella tiene de apoyarlos en la noble y esforzada tarea de rescatar la dignidad moral del Perú.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

Lima, 5 de Diciembre del 2000